

imagen de Dios mismo, por el dominio que le ha sido conferido sobre toda la naturaleza, y á su semejanza por las virtudes de que es capaz nuestra alma y nos asemejan á Él, como explica el Crisóstomo? ¿Quién hay tan vil que no se llene de gratitud al considerar que Dios creó al hombre á su imagen por la naturaleza intelectual del alma, y á su semejanza por la santidad original que le infundió, según la explicación de otros Padres?

Mas ¡ay! Bien pronto perdieron Adán y Eva esta santidad original con que habían sido agraciados, y cayó nuestra humana naturaleza de aquel estado altísimo á que el Señor la había elevado. Mas este mismo pecado, esta misma infanda ingratitud, sirvió tan sólo para que Dios nos colmara más y más de favores y centuplicara sus beneficios. Aun la sentencia terrible de muerte y de destierro eterno del paraíso, fué acompañada de la consoladora promesa de un Redentor. Cumplióse ésta después de varios siglos de expectación, en que no cesó de resplandecer la misericordia de Dios sobre nosotros. ¡Y de qué manera, gran Dios! Bien habría podido el Todopoderoso enviar á un arcángel á redimirnos; bien hubiera podido bajar del cielo Él mismo revestido de gloria, y rescatarnos del poder del Demonio, sin sujetarse por eso á padecimiento ninguno. Pero quiso mostrarse en la redención más grande aún, más misericordioso que en la obra misma admirabilísima de la creación. El Hijo de Dios tomó nuestra carne mortal, se dignó nacer de una humilde virgen y se revistió de todas nuestras miserias. Los treinta y tres años de su vida mortal no fueron sino una serie continuada de padecimientos, todo por nuestro amor. En el establo de Belén, en la precipitada hui-

da y penoso destierro en Egipto: en los largos años de retiro en su casa de Nazaret, llevó una vida tan humilde, tan oscura, tan llena de miserias y privaciones, como el más despreciable de los mortales. ¡Y en cuántos afanes, en cuántos sudores, en cuántas fatigas no fueron fecundos los tres años de su vida pública! ¡Cuántas injurias, cuántos desprecios, cuántas persecuciones no tuvo que sufrir el Verbo Humanado! Mas ¡ay! que todo esto no era sino un prelude del horrible martirio que iba á padecer. Llegó la hora por que con tanto ahinco había suspirado; y entregado por un fementido amigo en manos de los pecadores, se dejó mansamente llevar como oveja al matadero, y atormentar ferozmente por las mismas creaturas, que en aquel mismo momento su divina mano estaba colmando de beneficios, y ni fuerza ni poder tendrían para maltratarlo, si Él en su infinita bondad no se la concediera. Sin desplegar sus labios para una sola queja: sin prorrumper en un solo gemido, *sicut mutus non aperiens os suum* (Ps. xxxvii.) se dejó atar á una columna y azotar como vil esclavo por los enfurecidos judíos. Siendo soberano Señor del universo, fué expuesto al pueblo y escarnecido como un rey de burlas; fué coronado de punzantes espinas, y por último conducido al suplicio, llevando sobre sus hombros el instrumento mismo de su martirio. ¡Qué espectáculo se presenta luego á nuestra vista! Tres patíbulos de los más infamantes erigidos sobre un alto monte: tres hombres pendientes de tres cruces y próximos á sufrir la última pena que la justicia humana puede imponer al delincuente. El primero es un conocido ladrón de caminos, un cobarde asesino que con sus crímenes tiene horri-

zados los contornos. Aquel que un poco más allá se re-
tuerce como frenético y ruge furioso de rabia y de dolor,
es un compañero de sus maldades. Y el que está en me-
dio de entrambos, todo cubierto de sangre, y contra el
cual se dirige toda la saña de la multitud, ¿quién es él, oh
cielos? Es el más inocente, el más justo, el más santo de
los hombres. Es el Hijo de Dios, que ha tomado sobre
sí nuestros pecados, y por salvarnos del infierno ha que-
rido sufrir una muerte afrentosa y ser tenido por infa-
me malhechor, *et cum iniquis reputatus est*. Es el segundo
Adán que ha venido á reparar los daños que el primero
hiciera; á destruir, como dice el Crisóstomo, la obligación
que aquel firmara, y á devolver á la humana naturaleza
la dignidad de que el primer hombre la hizo bajar con
su pecado.

¡Ah! Muy endurecidos deben estar nuestros pechos,
si no nos derretimos en lágrimas al meditar en tamaños
favores. Fuimos creados á la imagen de Dios, y caímos
miserablemente del estado de justicia original en que
nos colocara su divina bondad. En vez de condenarnos
perpetuamente como á los ángeles rebeldes, en vez de
privarnos para siempre de la vista de la Divinidad, el
Hijo de Dios se abaja hasta igualarse á nosotros, y con
su muerte nos abre las puertas del cielo. Y nosotros, se-
res insensibles, ni siquiera nos acordamos de tributarle
las debidas gracias. En nuestra insensatez, parécenos
todo como una serie natural de sucesos, y no pensamos
en que únicamente la misericordia de Dios es la causa
de nuestra reparación. *Causa reparationis nostræ non est
nisi misericordia Dei*, dice San León Magno.

Mas ya que la consideración de los beneficios genera-

les que el Señor ha hecho á la raza humana apenas bas-
tan para conovernos, pasemos á reflexionar un poco
sobre los innumerables favores que cada uno de nos-
otros ha recibido en particular, y recibe continuamente
de la Divina Providencia. Aquí, Hermanos míos, os su-
plico que os detengáis algunos instantes, y para esto me
he extendido tan poco al hablaros de la creación y la
redención del género humano.

Hace cien años á lo sumo, ninguno de los presentes
existía; ni persona alguna de las que poblaban entonces
el mundo, tenía siquiera la más remota noticia de la ge-
neración que debía sucederles. Sólo Dios pensaba en
cada uno de vosotros, y aguardaba con ansia el momen-
to de crearos para colmaros de favores, y satisfacer su
inmenso amor. Llegó el tiempo prescrito por su infinita
sabiduría; y formado el cuerpo de cada uno según la ley
común, infundió en él una alma racional é inteligente,
capaz de amarle y servirle, de conocer el bien y el mal.
Mas ¡ay! esta alma ya no comenzó á existir en aquel es-
tado de pureza y santidad en que fué creada el alma del
primer hombre. Esclava del Demonio, por causa del pe-
cado de aquel, sin ser regenerada por las aguas del bau-
tismo no podía recobrar la amistad de Dios; y si en ese
estado volviese á separarse del cuerpo que acabara de
animar, sería eternamente privada de la vista del Crea-
dor. Y antes de que ese débil aprisionado cuerpecillo,
desde entonces compañero perpetuo del alma, pudiese
ser bañado con el sacramento regenerador, ¡cuántos me-
ses no debían pasar de incesantes peligros y diarias vi-
citudes, contra las cuales os era imposible aun luchar!
Nacisteis, y nacisteis en una tierra cristiana, y fuisteis

presto lavados con las aguas bautismales y hechos hijos de Dios. Cuántos, menos dichosos que vosotros, probaron la amargura de la muerte antes que vieran la luz del día; y ahora, aunque sin sufrir pena alguna, pues actualmente no pecaron, están justísimamente privados de la eterna gloria en castigo de la culpa original en que fueron concebidos, *ecce enim in iniquitatibus conceptus sum*. (Ps. L.) ¡Cuántos nacen en apartadas tierras adonde la luz del cristianismo no ha llegado, y crecen sin que jamás se borre de sus almas la culpa heredada! Nos horroriza el pensar en la bárbara costumbre de los chinos, que llevan por millares á los recién nacidos, á anegarlos en los ríos, porque no se aumente demasiado la ya numerosísima población. ¿Quién no lamentará la suerte de estos desdichados infantes? En otros países que caminan ciertamente al frente de la Europa civilizada, no sólo por sus progresos científicos y materiales, sino por la corrupción y la inaudita inmoralidad que en ellos reina, es todavía peor la suerte de muchos de nuestros semejantes. Frutos ¡ay! de uniones reprobadas, no sólo por la ley de Dios sino por las de la Iglesia y del Estado, comienzan desde que nacen á expiar el crimen de sus padres. Sin hogar, sin familia, y en una situación más triste que la de mil infelices huérfanos, crecen abandonados, sin tener la mayor parte de ellos una mano caritativa que les muestre el cielo para que han sido destinados, que les enseñe que hay un Dios autor de su existencia. En esta miserable situación de abandono é ignorancia, se entregan naturalmente al crimen, ya sea de aquella clase que ofendiendo á Dios, ofende también á la sociedad; ya sea de aquella que hiere los ojos pu-

rísimos del Señor, aunque los hombres no lo vean ó finjan ignorarlo, y llegan inevitablemente á un fin desdichado.

Ahora bien, ¿por qué no fuisteis vosotros del número de estos seres infortunados? ¡Cuántos de estos infelices, si hubieran sido colocados en la posición que vosotros, si hubieran recibido la mitad siquiera de las gracias de que el Señor os ha colmado, serían ahora dechados de virtudes, modelos de heroica santidad! Pero el Omnipotente, sabiendo perfectamente lo mal que pagaríais sus beneficios, no tuvo en cuenta vuestra negra ingratitud, y os prefirió á todos ellos á pesar de vuestras futuras iniquidades. Desde vuestra infancia recibisteis una educación cristiana; se os enseñó con cuidado la senda que habíais de seguir para alcanzar el cielo, los escollos que debíais evitar para no caer en el infierno. El ángel á quien Dios en su infinita misericordia encomendó vuestra guarda, os ha protegido continuamente bajo la sombra de sus alas. Habéis sido tentados mil veces, él os ha escudado contra el tentador; habéis caído, él os ha ayudado á levantaros. Tal vez por largo tiempo os habéis sumergido en los vicios; él ha rogado al Señor por vosotros, y el Señor ha escuchado su plegaria, y os ha concedido largos plazos para arrepentiros. El tribunal de la confesión ha estado siempre abierto para vosotros; los ministros del cielo os han recibido con los brazos abiertos y os han bañado en la Sangre del Salvador, que os ha lavado de vuestras culpas. Pero ¡qué digo! el Dios mismo del cielo se ha dignado tantas veces descender á vuestra pobre morada, ha puesto sus delicias en hacerse vuestro manjar y reposar dentro de vuestro pecho.

¿Y con qué habéis pagado tantas finezas? Vergüenza da el decirlo: con acumular pecados sobre pecados, con dejar á Cristo por el mundo; con despreciar sus sacramentos con que todos los días os brindaba amoroso, y llevar tal vez en un país católico una vida peor que la de los cismáticos y herejes. Millares de estos infelices que yacen sumergidos en las tinieblas del error y segregados de la unidad católica, nos harían avergonzar por sus virtudes, si tuvieran los sacramentos que tenemos, los medios de santificación de que gozamos. Sólo cuando vemos entre ellos tantas almas nobles, llenas de horror al vicio, de amor á todo lo que es bueno, pero que se encuentran apartadas de la verdad por una insuperable barrera, entonces y sólo entonces conocemos el inmenso beneficio que es el nacer en tierra católica, el poseer padres católicos, el recibir una educación católica. ¡Oh Dios mío! Perdóname si hasta ahora he correspondido tan mal á tus beneficios. ¡No más ingratitud!

No, Hermanos míos, no más ingratitud. No sea que al fin se agote la paciencia del Omnipotente, y retire de nosotros su mano protectora. Tal vez éste sea el último año que nos concede de plazo para enmendarnos, y por eso á más de innumerables beneficios espirituales nos ha colmado también de otros mil temporales. Sin recordar los peligros físicos de que nos libró en la niñez; sin hablar del pan cotidiano que jamás nos ha faltado, y al que tal vez se han añadido comodidades y aun riquezas; sin repasar, en suma, toda vuestra vida, traiga cada cual á la memoria los favores temporales que en sólo el año pasado ha recibido, y encontrará abundante materia para entonar mil himnos de gracias al Señor. Duéleme no

poder leer en vuestras almas, ni saber los pormenores de vuestra historia, para hacerme el eco de cada uno de vosotros y glorificar altamente al Todopoderoso, á nombre de vuestros agradecidos corazones. ¡Cuántos han perdido en este año sus haciendas, sus vidas, su honor! Y vosotros, en vez, habéis aumentado la una, conservado la otra, adquirido tal vez poder y estimación entre los hombres. ¡Cuántos padres lloran inconsolables un hijo muerto desdichadamente en la guerra, sepultado en las aguas del Océano, consumido por aguda enfermedad! Entretanto, muchos de los que me oyen se regocijan porque el Señor les acaba de conceder un nuevo fruto de bendición; ó bien porque el cielo les ha devuelto al hijo que creían perdido; ó porque éste ha crecido en virtud al par que en edad, y forma ahora su apoyo y su consuelo. ¡Cuántos hay que gimen hace tiempo postrados sobre el lecho del dolor, y para quienes la muerte misma, en vez de aterrorizarles, sería el lenitivo más dulce de sus penas! Los que me escuchan, en tanto, disfrutan de salud perfecta, ó si alguna enfermedad ha venido á turbarlos, ha sido solamente para dejarlos aún más sanos que antes. Jamás acabaría si me propusiera enumerar uno á uno todos los favores de que individualmente habéis sido objeto: reconcéntrese cada uno dentro de sí, y supla lo que mi ignorancia no puede referir.

Pero (dirá alguno) todo cuanto habéis dicho no es para mí; de bien poco tengo yo que dar gracias al Omnipotente. Nos dirigís la palabra cual si fuésemos los seres más dichosos de la tierra: yo soy el más infeliz de los nacidos. En hora menguada vine al mundo, y bien podría decir con el Santo Job: maldito el instante en que

se dijo á causa de mí, ha nacido un varón; *pereat dies in qua natus sum, et nox in qua dictum est: conceptus est homo* (JOB. III). No hubo madre amante que meciera mi cuna, y en mi triste infancia, abandonado, desvalido, jamás la mano de un padre llevó á mi yerta boca un pedazo de pan. Luché vigoroso contra mi adverso destino; pero siempre sucumbí en la lucha, y á duras penas he podido ganar mi sustento. Forzado desde muy joven á portar las armas contra mi natural inclinación, he tenido que llevar largos años una vida más penosa que la de un salvaje; ya fugitivo, ya vencedor, pero siempre desgraciado, hasta que al fin, inutilizado para todo, he quedado abandonado; y sin fuerzas, sin vigor, sin salud, arrastro una existencia miserable, despreciado por mis semejantes.

Otra tal vez dirá: huérfana desvalida, he quedado desde niña sola en la tierra, y no ha habido día que no derramen mis ojos amargas lágrimas: engañada de muchos, expuesta á mil peligros, al fin había encontrado quien se doliera de mis desdichas, quien uniera su suerte á la mía y jurara ser mi apoyo para siempre. Mas la suerte me lo ha arrebatado, cuando apenas me había conducido al altar, y acabo de cerrar sus marchitos ojos, quedando en mayor soledad que antes y presa del más acerbo dolor. Entonen himnos de gracias los dichosos; yo sólo podré mezclar mis sollozos á sus cánticos de alegría.

Otro tal vez se lamentará de haber perdido su hacienda, cuando ya la vejez ha entumecido sus brazos, y lo ha hecho incapaz para el trabajo. Otro se quejará de la ingratitud de sus hijos; otro de las calumnias que han arruinado su reputación; otro de las injustas persecuciones de sus enemigos.

Pues bien, yo os digo á todos en nombre del cielo: enjugad vuestras lágrimas, y sed los primeros en cantar llenos de júbilo las misericordias del Señor. Mancebo que en la flor de tu juventud sientes el enorme peso del infortunio: niña que apenas comienzas á vivir, cuando al luto de la orfandad tienes que añadir las tocas de la viudez: anciano que en tus últimos años te ves de repente privado de los bienes que adquiriste en mejores días ó que heredaste de tus gloriosos antepasados, levantaos sin tardanza. y marchad al frente del coro de mortales agradecidos, que viene á hacer gracias á su divino Bienhechor: *surgite, surgite, qui manducatis panem doloris.* (Ps. CXXXVI.)

¿No consideráis que vosotros sois los hijos predilectos del Señor? ¿No recordáis las palabras que sus divinos labios pronunciaron: bienaventurados los que lloran, *beati qui lugent?* El Apóstol de las Gentes os lo ha repetido: el Señor castiga á quien ama, *Deus quem diligit castigat* (HEB. XII); y el Crisóstomo, caminando sobre las mismas huellas, nos enseña que la tribulación nos excita de la manera más poderosa á la adquisición de la verdadera sabiduría, nos confirma en ella y nos llena de fortaleza, haciendo que despreciemos lo presente, y no nos apeguemos á esta vida transitoria. Vosotros, pues, sois deudores al Todopoderoso de mayores beneficios que aquellos á quienes ha colmado de bienes temporales. Él os prepara en el cielo una brillantísima corona: no os obstinéis en perderla con vuestra ingratitud. Si el Señor privó á Job de su hacienda, de su familia, de sus amigos, de su salud, de todo lo que hay más precioso sobre la tierra; si puso el colmo al